

IV DOMINGO DE ADVIENTO B/2008

Supongamos que alguien tiene un plan de cambiarse de Colorado para instalarse otro estado. Con tal plan en mente, lo que primero tiene que hacer es decidirse a donde quiere ir. Segundo, él examina si él tiene bastante dinero para comprar una nueva casa; entonces, él hace su plan y decide cuando realizarlo.

Mientras el no le diga nada a sus amigos ni a sus vecinos de su plan, esto permanece en secreto. Una vez que el plan es dado a conocer, entonces los amigos y los vecinos pueden entender el por qué, por ejemplo, cuando había ofertas el no compraba nada por temor a llenarse de cosas que harían mas difícil su mudanza. San Pablo le llamo a este plan, “Un Misterio”.

De hecho, en la segunda lectura, San Pablo alaba a Dios por la revelación de su plan secreto de salvar todas las naciones y traerlas bajo la obediencia de un Dios verdadero, por la fe en Jesucristo. El plan de Dios de la salvación conocida solamente a él desde toda la eternidad ha sido ocultado a los demás. La revelación de este plan explica el papel de los profetas y la razón por qué Dios les había enviado.

A fin de preparar aquel plan, Dios eligió a David y lo hizo un rey en Israel. Mientras en los ataques de su gloria, David quiso construir una casa para Dios, el profeta Natan le reveló a David que el no lo haría, sino Dios mismo le construiría una casa eterna para él. El profeta Natan le reveló también que su reino y su trono durarán para siempre y se mantendrán firme para siempre. Dios levantará a uno de sus herederos para hacer su firma de reino y él será un padre a él y él un hijo para el.

En el entendimiento de David y Natan, esta profecía tenía un sentido político, porque era todo sobre el refuerzo de la dinastía de David. Pero en verdad, la profecía tenía un alcance espiritual: Dios quiso usar un descendiente de David a fin de dar a un salvador al mundo. Aquel salvador es Jesucristo, un descendiente de David.

El contraste entre el sueño de David para construir una casa para Dios y la respuesta de Dios para tener cuidado él mismo de su casa, nos enseña que los proyectos de Dios van más allá de nuestras expectativas y deseos. No podemos dictar a Dios lo que está bien para nosotros y como debería ser realizado. Nosotros a veces estamos decepcionados y desalentados cuando no recibimos exactamente lo que pedíamos en nuestra oración y en el modo en que lo queríamos. Sin embargo, no deberíamos olvidarnos, que Dios tiene su propio plan para cada uno de nosotros. Él tiene su tiempo y sus modos de actuar en nuestro favor. Lo que él quiere de nosotros es que confiamos en él y pongamos nuestras vidas en sus manos. Entonces, entendemos por qué, mientras Israel esperaba a un rey fuerte y poderoso, Dios envió a un niño pobre e indefenso, Jesucristo. Es la sorpresa de Dios. Feliz son aquellos que, como María, dan la bienvenida al plan de Dios.

Este es el punto del Evangelio de hoy. Primero, Lucas quiere enseñarnos que Jesús tiene un origen transcendental. Él no nace de un deseo humano, pero de Dios. Por eso él es el hijo del altísimo cuyo reino nunca tendrá un fin. Jesús es la realización de la promesa hecha a David. En segundo lugar, Lucas nos dice como el plan la salvación de Dios vino para ser realizado en la persona de Jesucristo como el Mesías prometido y en la vida de María como la que dijo sí a Dios.

Al elegir a María para ser la madre de su hijo, Dios deja a seres humanos participar en su plan de salvación. Como él una vez eligió a los profetas para actuar de su parte por la salvación de su pueblo, así Dios eligió a una mujer, María, para traer a su hijo al mundo, para la salvación del mundo. La dignidad humana es traída aquí al nivel más alto: valemos mucho para Dios.

En este domingo celebramos la humildad de Dios quien acepta el estar involucrado en nuestra humanidad, pero celebramos también la humildad de María que dijo sí, de nuestra parte, al plan de Dios. Al decidir enviar a su hijo en el mundo, Dios se afilia a la historia de humanidad de un modo más tangible que antes. Él se hace uno de nosotros y él quiere que nosotros participemos en la vida divina.

El "Sí" de María abre la puerta a la encarnación ya que ella permite que Dios se haga uno de nosotros. Por su obediencia, el reino de Dios se hace una realidad en la tierra y nuestra humanidad es admitida en la presencia divina de Dios para la eternidad. Sin este recordatorio habría mil modos de celebrar la Navidad, pero María nos muestra el correcto. La franqueza del corazón a Dios, disponibilidad y confianza en Dios, son virtudes que tenemos que desarrollar en este tiempo de Adviento cuando nos preparamos al nacimiento de Jesús. Es imposible realizar cualquier ministerio en la Iglesia y para nuestros hermanos y hermanas cuando somos egoístas y encerrados en nosotros mismos.

Nosotros vemos todas estas virtudes en el trabajo cotidiano de María cuando el arcángel Gabriel la sorprende por el anuncio de hacerse la madre del salvador del mundo. Con el saludo del arcángel, María estaba perpleja y preguntándose como ella podría realizar tal misión, pero ella confió en Dios. Esta verdad nos pasa a cada uno de nosotros. Sin embargo difícil podría ser la misión que Dios quiere darnos, él puede ayudarnos a realizarlo con éxito para la gloria de su nombre. Después de todo, "nada" es imposible a Dios. No nos olvidemos que él está siempre listo para sostenernos y ayudarnos.

Déjenme terminar recordando la respuesta de María: "Yo soy la esclava del Señor; cúmplase en mí lo que me has dicho". Aquí María da a todos nosotros una lección de generosidad, disponibilidad y amor desinteresado. Como María, Dios nos llama a una misión particular en nuestras vidas y en la Iglesia. Cuando hacemos todo lo posible por realizarlo con la alegría, él tiene cuidado del resto. David quiso construir una casa para Dios, pero Dios quiso hacer más que esto. Como María, Dios quiere que nosotros seamos la casa de su presencia. Él nos llama para irradiar su presencia a un mundo que desea un salvador. Repitamos esta oración en el silencio de nuestros corazones: "O ven O ven Emmanuel. Transfórmame en tu imagen. Hazme un signo de tu presencia en el mundo. Ven, ven y haz tú morada en mí. ¡Que Dios los bendiga a todos!

2 Samuel 7, 1-5. 8-12.14.16; Romanos 16, 25-27; Lucas 1, 26-38



Fecha de Homilía: Diciembre 21, 2008

© 2008 – Padre Felicien Ilunga Mbala

Póngase en contacto: www.mbala.org

Nombre de Documento: 20081221homilia.pdf